

cubierta saltó en pedazos, y los marineros desaparecieron en brazos de la muerte.

El capitán quedó un instante sobre los rotos pedazos de su buque, que se hundía pausadamente.

—Adios! dijo el marino tornando una mirada hacia el puerto, cuyas luces comenzaban á destacarse entre las sombras, y arrancando de su corazón una última plegaria, bajó al abismo del océano, sirviéndole de ataúd las maderas de la perdida nave.

IX.

El vigía del puerto había anunciado ya al caer de la tarde que un buque estaba á la vista.

Lo terrible del norte hizo comprender al jefe de la capitana que el buque pasaba un mal momento, y dispuso lo necesario para auxiliarlo.

Pasóse la noche en la mayor angustia, y al clarear la luz vieron tres botes luchando con las embravecidas olas del océano.

Darles auxilio era imposible.

Cuando los esfuerzos del hombre son impotentes, se acude al cielo.

Las sagradas campanas de los *Santos Mártires* tocaban rogativa por los naufragos, y la piedad cristiana, elevaba sus suplicas al Creador del universo.

De repente una lancha desapareció.

Habia zozobrado luchando con la muerte; el mar había sido vencedor.

Heráclio Mondoñedo iba desgraciadamente en aquella lancha.

Al caer entre las olas desprendió valientemente de su cintura la botella, que comenzó á burlarse de la tempestad, jugando entre las olas.

Mondoñedo al sepultarse en el abismo dejó su secreto sobre la superficie del océano.

El registro marítimo señaló una catástrofe mas en los peores mares de la Cantabria.

En el año 1833, el rey Fernando VII pagó a la naturaleza el tributo debido a la miserable condición humana.

CAPITULO XIV.

Donde se da á conocer una prenda viviente de la guerra de los carlistas.

I.

El 29 de Setiembre del año de 1833, S. M. Fernando VII pagó á la naturaleza el tributo debido á la miserable condición humana.

El cadáver estuvo expuesto durante algunos días y el génio de la guerra fraticida volaba en torno de aquel féretro.

El nombre del rey había sido victoreado en Bailen y Zaragoza y maldecido delante del cadalso de Riego.

El reinado de Fernando fué una crisis perpetua, una fiebre continua con sus sueños de sangre y de matanza.

Ninguno como ese terrible monarca, enseñó á la humanidad la parte sombría del corazón del hombre.

A sus mayores amigos, á los que le habían acompañado en las vicisitudes y alentado en sus horas de infortunio, á la hora de su grandeza los arrojó al destierro, é hizo subir al cadalso.

Es imposible juzgar á Fernando sin severidad, pues basta para que le condenen los corazones honrados esta simple consignacion de hechos sucesivos: intrigas del Escorial; motines de Aranjuez; viaje de Francia; humillaciones de Bayona; felicitaciones á Napoleon y peticion de una esposa; decreto del 4 de Mayo en Valencia y persecuciones. Jura la constitucion y conspira contra ella; manifiesto de Cádiz y decreto del puerto de Santa María; comisiones militares y cadalsos.

Hijo, conspira contra su padre; rey cautivo, es cobarde é inoble; rey rescatado, es ingrato; rey constitucional, es perjur; rey absoluto, es despota receloso y vengativo; ni respeta las leyes ni atiende á la razon ó sigue la prudencia; hombre, es artero, inconsiguiente y desleal.

Reyes como Fernando son sin duda una calamidad para los pueblos, y hacen odiosa la institucion que los produce. Con razon al juzgarle un eminente escritor termina con este pensamiento: “*Que descansen en paz!*”

Es todo lo que pudieron decir los menos rencorosos.

Porque en efecto, vivió sin gozar un dia de reposo, y murió sin dejar sobre la tierra un amigo que llorase su muerte.

Aquel hombre que había hecho estremecer á España y que se había estremecido á su vez á la presencia del menor peligro yacia puesto en un ataúd y proximo á ocupar los tres palmos de tierra para dormir el sueño eterno.

II.

El cadáver fué conducido á San Lorenzo del Escorial, seguido de un sumuoso cortejo.

El mayordomo mayor, depositario de las llaves del féretro, abre la caja exterior y levantando una puertecilla de la vicera, por un cristal que tiene la segunda examina en presencia de

notario mayor de los reinos si contenia efectivamente el cadáver del rey.

Acércase toda aquella muchedumbre, y asomados al cristal siniestro, ven todavia con espanto el severo rostro de Fernando VII.

Conserva aún despues de la muerte ese tinte de残酷 y desden que fué la predestinacion de su reinado.

Pregunta el mayordomo, y los monteros de Espinosa juran ser aquel el cuerpo que se les ha entregado.

En seguida el capitán de guardias de la real persona, se acerca al féretro y clama tres veces: *¡señor! ¡señor! ¡señor!*

Entonces toda aquella multitud queda inmóvil creyendo va á salir de los láblos del rey muerto aquel acento que escuchó un pueblo de rodillas.

Y despues de un momento añade el capitán de guardias:

—*Pues que S. M. no responde, verdaderamente está muerto.*

Rompe entonces en dos pedazos el baston que él usaba en señal de mando, y los arroja á los pies del túmulo.

El mayordomo cierra la caja, y entrega la llave al prior, con lo cual concluye el acto solemne, retirándose todos y cesando las descargas de la tropa y el fúnebre doblar de las campanas, que no ha cesado durante toda la ceremonia.

III.

Sobre aquella tumba se lanzó el primer alarido de la guerra civil.

El príncipe don Carlos, hermano de Fernando VII, quiso arrebatar el cetro de la fuerte mano de María Cristina, y la sangre comenzó á correr á torrentes en la tierra del Cid y de Pelayo.

Los hermanos se levantaron contra los hermanos, los padres contra los hijos, y un vapor de sangre cubria la península con un sudario de muerte.

Sin tregua, sin cuartel, sin descanso, se luchaba en los campos y en las ciudades, y las disputas y los ódios se ejercian hasta en el seno del hogar doméstico.

Los años pasaban envueltos en sombras y llevando tras sí sangre y las maldiciones de un pueblo dividido.

Maria Cristina marchaba á la vanguardia de la civilización, mientras don Carlos renovaba los días aciagos del rey don Felipe II.

Con Maria Cristina iba el siglo, el porvenir, la libertad.

Con don Carlos el misticismo, la hipocresía, la barbárie.

Ese monarca trashumante, tenía á su lado varios hombres de capacidad y arrojo militar: entre ellos descollaba el general Cabrera conde de Morella, lanzado á la revolucion acaso en contra de sus opiniones y solo por satisfacer una venganza.

Triunfante á veces la revolucion *carlista*, pero batida la suerte menguaba insensiblemente perdiendo la sangre de sus artímenos.

Cabrera se disgustaba con la política de don Carlos y no aun de los hombres que le rodeaban.

El real había aumentado prodigiosamente; el infante don Sebastian había llegado hacia algunos meses con parte de su vidumbre; antiguos criados de palacio se presentaban continuamente; nuevos gentiles-hombres, mayordomos de semana, ayudas de cámara servían en las régias habitaciones con emdia de los que hasta entonces lo habian hecho.

Títulos de Castilla y algun grande de España ornaban la corte, con disgusto de los humildes cortesanos que antes la habian formado.

Guardias de honor de infantería y caballería para las personas reales; guardias de corps para el estandarte de la *Generalísima* la Virgen de los Dolores; músicas, libreas, caballos, ministerios, juntas oficiales de secretaría, famosas bolsas del despacho, idóneos de los pretendientes; besamanos, audiencias, extrangeros que iban y volvian; intrigas, enemistades, viejos: todo, todo se encontraba en el real de don Carlos; y como á cada corte la disting

un gusto y una fisonomía particular que la domina desde el mismo trono, la corte *carlista* tuvo tambien un carácter propio y exclusivo.

Don Carlos, religioso de práctica, asistia á todos los oficios divinos; los cortesanos siguieron en tropel el mismo camino, y poblaron los templos.

Don Carlos gustaba de novenas, de funciones de iglesia; los palaciegos las fomentaron, é hicieron de ellas la diversion constante de la corte; los ingenios se ocuparon en piadosas composiciones, y altos empleados cantaron gozos y letanías; don Carlos usaba de un lenguaje místico, y en la corte se habló como en un monasterio.

Don Carlos lo esperaba todo de la *Generalísima*, y los cortesanos en nada contaban para los triunfos con el arrojo del soldado, pues los creian seguros e infalibles con la protección divina y las virtudes del rey.

La hipocresia dominó, en fin, en público, y los desórdenes de todo género crecieron en la vida privada.

El 4 de Junio de 840, sufria una derrota sangrienta el ejército *carlista* en una de las plazas fuertes de Cataluña.

Espartero, el valiente duque de la Victoria, y el conde de Morella, esos dos génios de los combates, se encontraban frente á frente en la última batalla.

El destino había lanzado á la revolucion *carlista* en una pendiente horrible, y aquel ejército valeroso fué derrotado completamente por los defensores de Isabel II.

El príncipe don Carlos María Luis de Borbon, sucesor de su padre en los derechos al trono de Felipe V, se había retirado lleno de desesperacion del campo de la derrota, mientras el

general Cabrera procuraba salvar los restos del ejército realista.

Despues de correr algunas leguas, y ya creyéndose libre de todo peligro, detúvose don Carlos en el pueblo de **** adonde llegó con un pobre cortejo.

Súpose inmediatamente la llegada del titulado hijo del rey de España, y se le ofreció alojamiento en una de las principales casas de la poblacion.

Hízole los honores don Rodrigo Villasana, furibundo enemigo de Maria Cristina y carlista de profesion.

—Amigo Villasana, dijo el príncipe, necesito descansar algunas horas.

—S. M. tiene señalado un aposento.

—Haced que nos sirvan algo de comer, nada hemos podido tomar durante el dia que ha durado esta infernal batalla.

—V. M. habrá salido, como siempre, vencedor.

—Sí, pero á Cabrera se le ha antojado que nos retirásemos despues de la victoria.

—Malo, pensó Villasana, estamos derrotados; y luego añadió en voz alta:

—El general Cabrera es un hábil soldado y V. M. debe estar tranquilo con respecto á los movimientos del ejército.

—Bien, bien, lo que importa por ahora es cenar, luego hablaremos, tengo que darte algunas órdenes.

—Estoy á las de V. M.

Villasana salió del aposento persuadido de que el ejército de don Carlos había perdido una batalla.

V.

Entróse el hidalgo en la habitacion de su esposa, y le dijo oido con misterio:

—Aurora, el príncipe Luis está en casa y viene derrotado. La dama palideció.

—Te ha causado una grande emocion la noticia.

—Sí, Villasana, tú sabes que somos partidarios de don Carlos y este desastre nos contraría de una manera espantosa.

Hagámosle la corte á S. M., que debe salir dentro de breves horas.

Entróse doña Aurora al salon donde estaba don Luis.

—Señor, dijo con voz trémula, nos haceis mucho honor en alojaros en esta casa.

El príncipe tendió la mano á doña Aurora, y la dama pudo notar el temblor interior que agitaba al caballero.

—Cómo se encuentra la familia augusta de V. M.?

—Parece que ya todo está dispuesto, dijo el rey esquivando la respuesta; cenemos, que quiero dormir algunas horas.

Púsose á la mesa don Luis acompañado solamente de sus huéspedes.

Luego que Villasana salió á dar algunas órdenes, el príncipe tomó una mano de Aurora y le dijo con profunda ternura:

—Nos han separado los acontecimientos; pero yo no he olvidado tu cariño.

—Señor, recordad —

—Sí, que el rango de mi nombre puso una barrera entre nosotros; pero que mi alma permanece fiel al amor de Aurora.

—Olvidad todo, señor.

—Aurora, dijo don Luis con exaltacion, tú no sabes que estoy perdido, solo, abandonado; que hoy acabamos de perder una batalla y estoy á punto de dejar mi existencia en manos de mis enemigos.

—Me haceis temblar!

—Y cuando voy arrastrado por la fatalidad, sin amparo y proscrito, me cierras el único puerto de unas esperanzas deshoyadas por el infortunio?

—Señor!

—Tú sabes que mi amor hácia tí ha sido grande, inmenso, arrebatado; que he comprendido todo lo noble de tu sacrificio al desposarte con este viejo servidor de mi familia.

—Por Dios, callad!

—Aurora, rechazado por tí! voy á partir inmediatamente entregarme á mis enemigos, á morir!

—Príncipe don Luis, tened compasion de una infeliz mujer.

—En nombre de aquellos días de apacible tranquilidad y delirios de amor; compadécete del hombre á quien has amado por primera vez!

—No traigais esos recuerdos porque siento morirme.

La jóven apoyó su hermosa frente en el pecho del príncipe y el mancebo besó con entusiasmo aquella cabeza inclinada ante el poder mágico de las primeras impresiones.

VI.

Doña Aurora era hija de una dama de honor de María Luisa; el príncipe don Luis se había apasionado de ella terriblemente. Carlos María Isidro comprendió la pasion de su hijo y castigó a la jóven con Villasana.

Don Luis la había seguido; pero siempre doña Aurora resistía á las seducciones de aquel hombre á quien amaba violentemente.

La mujer es grande aun en sus faltas.

Cuando don Luis brillaba junto al sitial del trono, Aurora procuraba olvidarle, matar ese amor que se rebelaba en el fondo de su pecho.

Pugnaba por arrancar la imagen que la seguía sin cesar, con las manos en el corazón y las lágrimas en los ojos pidiendo misericordia. Cuando lo vió en la desgracia tornó á cederle su cariño, cedió ante el infortunio y enjugó las lágrimas de su amante.

Don Carlos procuró encerrar en el silencio su amor, pero no se apartaba de su mente la sombra de aquella mujer de quien lo alejaba el destino ó la fatalidad.

Don Luis rehusó contraer enlace alguno y estaba consagrado al amor imposible de Aurora: la casualidad lo llevaba á su lado, y en aquella noche funesta tornó á anudarse aquel amor de los primeros años arrastrando tras sí el honor de una mujer.

Villasana partió con don Luis á la campaña, dejando á doña Aurora hundida en el llanto y la desesperación.

El general Cabrera se reunió al príncipe don Luis, tuvo con él una conferencia íntima, y el bravo soldado llamó á Villasana á su Estado Mayor.

Un año despues, en un vapor que salía de Bilbao rumbo á Inglaterra, iba una tierna niña confiada á la guarda de una nodriza.

VII.

La guerra civil había terminado, y doña Isabel de Borbón sentada bajo el sólio de San Fernando, gobernaba á la España, de donde había desaparecido el elemento revolucionario.

Los sobrinos de Fernando VII, vencidos en el campo de la política y en los de batalla, yacían refugiados en la Gran Bretaña protestando su legitimidad al trono español.

El general Cabrera, acribillado de heridas y circundado de una fama militar, acompañaba en el ostracismo á sus señores.

A su lado vivía una jóven, adoptada como hija y de una rara belleza.

Se llamaba doña Blanca de Borbón.

El príncipe don Luis murió dejándola encomendada al viejo veterano, que luchaba porque el príncipe don Juan la reconociese como lejítima en la rama de los Borbones.

Don Juan había rehusado; pero siempre dando esperanzas á

la joven, cuyo orgullo denunciaba la sangre que corría por sus venas.

Doña Blanca concurria á los salones de la aristocracia inglesa, y brillaba por su hermosura en los saraos de aquella renacida corte.

Por los años de sesenta y uno, conoció accidentalmente á don Fernando Moncada, tenido por hijo lejítimo del conde del Jaral.

Lo vió en el teatro sin que el conde lo hubiera percibido y se enamoró de él, en una de aquellas excentricidades hijas del clima nebuloso de Inglaterra.

Indicó á uno de sus amigos que lo presentase en la casa de Cabrera, pero don Fernando atravesaba en la misma tarde el estrecho de Calais, dirigiéndose á París, donde lo esperaba el general Almonte.

Don Fernando conferenció con los partidarios de la *intencion* y tomó pasaje para México, donde se encontraba organizando los trabajos preparatorios de la monarquía.

VIII.

Antes de que la convención de Londres se ajustara entre las naciones signatarias, brotaron como por encanto las candidaturas, y en España se pronunció el nombre de don Juan de Borbón tío de doña Blanca.

Cabrera encontró la oportunidad de proponer á su señor el reconocimiento de la joven, y don Juan respondió que de aceptar el trono de México, haría en América el reconocimiento.

El viejo conde de Morella se presentó en la cámara de su pupila.

—Doña Blanca, la dijo con voz trémula por la emoción, te nemos que separarnos y acaso para siempre.

—No os comprendo, señor.

—Dios me concede que antes de bajar al sepulcro os vea entre la augusta familia de los Borbones.

Enrojecióse el rostro de la joven: aquellas eran tal vez las primeras palabras pronunciadas por Cabrera que recordaron á la joven su nacimiento.

—Vuestro tío, prosiguió el conde, mi augusto amo, me ha ofrecido formalmente el legitimaros.

—Os lo ha prometido, conde?

—Sí.

—Pero me habláis de separación y...

Limpióse el viejo general las lágrimas que empañaban sus pupilas, y tomando las manos de la joven, continuó con voz conmovida:

—Os he amado como á mi hija; vuestro padre al morir me encargó velase por la existencia de la tierna niña proscrita y en agena tierra... he cumplido fielmente, ¡no es verdad?

Doña Blanca se estrechó al corazón del veterano.

—Pues bien, en vuestras manos está el destino: la candidatura del trono de México se la ofrecen aunque en reserva, pero oficialmente á don Juan.

—Acabád.

—El rey me ha dicho que en aquel país y á la proclamación de la monarquía en América os reconocería... Partid, haceos su agente en el mundo de Colón, yo os daré la clave de este negocio, os pondré en contacto con los mexicanos que en la actualidad trabajan por el establecimiento de la monarquía.

—Partiré á Francia, dijo resueltamente doña Blanca, tomaré los hilos de esta trama, y vereis si llevo á don Juan al sólio de América.

—La sangre de los Borbones! exclamó el conde de Morella.

IX.

Doña Blanca partió á Paris, habló con los emigrados, se puso en contacto con los hombres mas influyentes de la situación y tomó pasaje en el Conway, que partió para México el 1.^o de Abril de 1861.

La joven venia al cuidado de un ingles, y viajaba de incógnito bajo el nombre de Rosa Lee, pasando por hija de un negociante.

Cabrera había puesto á su disposición una suma enorme situada en una de las primeras casas de América.

La fatalidad reune á los seres á quienes ha de perder.

En el mismo buque venia el conde del Jaral, hizo las amistades con doña Blanca, y en un mes que duró su navegación sus almas se comprendieron y un amor intenso pero sombrío se apoderó de aquellas dos almas predestinadas.

Doña Blanca le hizo creer á don Fernando que su padre estaba arruinado y que venia á México en pos de una colocación que por lo tanto no extrañase que no lo recibiera, porque acostumbrado al lujo en Inglaterra, le era penosa la pobreza de América.

El conde respetó la situación de la joven y no volvió a preguntarle mas sobre estos asuntos de familia.

Doña Blanca tomó la casa de pobre apariencia que ya conocen nuestros lectores, para hallarse al abrigo de las sospechas poder estar en relaciones con los conspiradores, con mas libertad.

En cuanto al sacristán, estaba perfectamente pagado, y sospechar lo que pasaba, servia fielmente á la hija de Carlos Luis de Borbon.

CAPITULO XV.

De como salen á la cara los negocios hechos á cencerros tapados.

I.

Ibamos diciendo que el alcalde de casa y corte, es decir, el ayudante de acera, recorria como un sabueso la casa de Rosa sin encontrar algo que pudiera presentar al ministerio de la guerra como cuerpo de delito para una conspiracion.

—Aquí habia un cuadro, decia el alcalde Ronquillo mexicano; no hay duda, recuerdo que era una Santa Catarina con la cabeza de su padre, yo no olvido nunca los pasajes de la Biblia.

—No habia nacido esa santa señora en tiempo de Jesucristo, dijo un leguleyo que acompañaba al alcalde.

—Amigo mio, una autoridad nunca se equivoca, yo digo y afirmo que era Santa Catarina vestida de mora, y no hay mas que pasar por ello.

—Y yo insisto, repuso amostazado el tinterillo, que la santa nunca se vistió turbante.

—Acérquense los soldados y amarren á este señor.

—Ese es un atentado!

—Mas lo es la contradiccion perpetua en que vivimos.

—Yo concedo que Santa Catarina---- dijo el infeliz tintirillo procurando domar su rabbia.

—Eso es otra cosa, ya no se acerquen los soldados, ni lo amarren, la fuerza de mi lógica lo ha convencido; prosigamos el cateo en las arcas del sacristan, estos hombres retrógrados suelen ser los órganos telegráficos de las incógnitas conspiraciones.

—Que bien habla el señor alcalde, observó el secretario.

Abrieron el armario antidiluviano del sacristan, y comenzó un registro escrupuloso en piezas de ropa y papeles.

—Busquen ustedes, decia la autoridad, puede que en las comisias esté escrita la correspondencia.

Los agentes continuaban con una curiosidad horrible: ya estendian un pantalon, ya una chaqueta, ora una camisa, ora unos calcetines.

—Aquí, aquí está, gritó el alcalde de repente, ya la encontré!---- ya la tengo!---- ya la poseo!

—¿Que pasa? preguntó el secretario.

—Vea usted y dé fe de lo que va á oír:

“De las ocho á las nueve doña Guadalupe, de las nueve á las diez á Pepita, y toda la tarde, á don Félix, don Joaquin y don L. N.”

—¿Y qué? preguntó aturdido el secretario, de ahí no resulta sino que á esos señores les toca *algo* cada hora.

—Ese *algo* precisamente es lo que se tiene que averiguar, sobre todo estas iniciales de L. N. trascienden á Luis Napoleón aquí hay algo.

—No habia caido en ello, dijo el secretario, esto es un misterio.

—Algo---- algo---- repetia la autoridad, y seguia el cateo en toda su plenitud.

—Ya la encontré! gritó el secretario.

Todos se volvieron hacia el rebuscador de cuerpos de delitos.

—Vea usted, señor alcalde, esto es mas que *algo*, estas sí son pruebas claras como la luz del dia, como dice el rey don Alfonso el Sábio, oigan ustedes: “Durante los cuarenta días se reunirán todas las noches á celebrar junta los señores----

—Silencio! gritó el alcalde, y venga acá ese documento; todo se ha descubierto, la conspiración iba á estallar, lástima es que no encontremos otro individuo á quien soplar á la cárcel.

II.

El edificio donde está situada la cárcel es la antigua Acordada del tiempo del vireinato.

Dos patios grandes y dos pequeños marcan los departamentos de las piezas de ambos sexos.

El primer patio es un cuadrilátero cerrado por arcos de cantería, con departamentos en la parte superior é inferior.

Los corredores sirven de paseo á los presos, y en los cuatro lados están los salones y calabozos dormitorios.

En el centro del patio hay una fuente.

Los aposentos están mal ventilados, y el edificio puede ser todo menos una cárcel, le faltan las condiciones higiénicas y la seguridad.

En el patio interior están unos calabozos de dos varas de ancho por seis ó siete de longitud, tienen una puerta y una claraboya: estas bartolinas se llaman *separos*, á causa de permanecer en ellos los reos durante el período de la incomunicacion.

Los dos patios que formaban el departamento de mujeres, y la capilla, han desaparecido en el alineamiento de la calle que desemboca al paradero del ferrocarril de Tacubaya.

Los reos políticos habitaban los *separos*, y hace poco tiempo

se leian en las paredes los nombres mas célebres de los partidarios de uno y otro bando.

Mondoñedo fué conducido á la ex-Acordada y se le encerró en el calabozo número 4.

— Esto tiene mucho de simbólico, pensaba el estudiante, el número 4 es cabalístico, representa el número de letras que tiene el nombre de Rosa, las *cuatro apariciones* y las cuatro estrellas que encierran la constelacion de la Osa mayor... A propósito de osos, no me parece malo el que he desempeñado en esta aventura, solo el provecho del dinero voy sacando en limpio. Lléveme el diablo si comprendo una palabra, estoy mas embrutecido que el alcalde, y eso que es un animal de primera fuerza. Demónio! ir de aquí á un consejo de guerra, pues estoy divertido!

El cerrojo del calabozo se descorrió y el alcaide se presentó con toda la magestad de su posición.

— Usted es don Manuel Mondoñedo?

— Presente, gritó Mondoñedo.

— Tenga usted este papel y no diga á nadie que yo se lo he traído.

— Está bien.

— Ahí están dos estudiantes á quienes he permitido, extralimitando mis facultades, que pasen á estar con usted cinco minutos.

— Usted es el mejor de los alcaides, gritó Mondoñedo, y trató de darle un abrazo al cancerbero de la prisión.

— Alto, alto ahí, amiguito, á mí nadie me seduce para que atropelle el reglamento.

— Yo no trato de seducir á usted con halagos, sino de manifestarle mi gratitud de una manera particular.

— Pues no me la manifieste de una manera tan viva; conque nos vemos y mucho sigilo, voy á que entren los estudiantes.

Luego que desapareció el alcaide, Mondoñedo leyó el billete: "No tenga usted cuidado, pronto estará usted en libertad."

— Ya me esperaba esto, voto al diablo! mi dulce y adorada

Rosa no habia de abandonarme, estoy seguro de no pasar aquí la noche.

III.

Felipe Cuevas y Santiago Gonzalez, embozados en unas capas viejas y echándola de misteriosos, penetraron en el calabozo de su amigo.

Felipe, que era un hombre de lápiz y cartera, despues de saludar á su camarada, se puso á retratar al alcaide en uno de los lienzos de la pared.

A los tres minutos y con la exactitud de Daguerre, la imagen del encargado de la prisión aparecía en el fondo del calabozo con los tintes magníficos de la caricatura.

— No le falta mas que hablar, dijo Mondoñedo.

— Ni eso le falta, observó Cuevas, porque los retratos no hablan.

— Cuenten algo de nuevo, que me fastidio ya de ignorar lo que pasa en nuestro círculo.

— Nada, respondió Cuevas, te he buscado cien veces para contarte un asunto muy sencillo: hace dos noches que he cometido simplemente un homicidio.

— Hombre!

— Como lo oyes, tengo testigos.

— ¿En Nueva-York?

— No, en México.

— Entonces es á tí á quien busca la policía.

— Puede ser, pero eso es cuento de ella; prosigo, yo he matado á un próximo por tu causa.

— Por la mia?

— Precisamente se me ocurrió salvarte de algo que te amenazaba; me fuí en dirección de tus barrios.

—Bárbaro!

—Me puse anoche en acecho, cuando veo llegar un bulto y rondar el balcón de tu adorada.

Mondoñedo se inmutó terriblemente.

—El bulto era un hombre que seguramente esperaba alguna cita.

Mondoñedo puso mas atención.

—Estoy seguro, continuó Felipe, de que á ese hombre lo aguardaban, porque al sonar las doce, la vidriera del balcón rechinó y un bulto blanco se dejó ver.

El desgraciado amante de Rosa sentía unos vapores, que temió un ataque de apoplejía.

—Sigue, hombre, que me estás martirizando.

—El bulto se vino en dirección á mí, yo saqué el florete, y reñimos como unos desesperados; ¡diablo! ese sí era puño; pero como yo estaba atarantado con el aguardiente, me le fui á fondo y lo atravesé de parte á parte.

—Amen, dijo Santiago Cuevas.

—¡Estás seguro, preguntó Mondoñedo, de no haber soñado!

—No, hombre, sobre qué el florete conserva aún la sangre.

—Y el matado no dijo algo al morir?

—Si los matados no hablan, observó Santiago Gonzalez.

—Quise decir, que si no dió voces el herido?

—No; procuraba mucho ocultar el rostro, y no hizo el menor aspaviento al escurrírsele mi florete por el pecho.

—Es cosa singular!

—Los criados de la casa salieron, pero yo puse pies en polvorosa.

El pensamiento del estudiante estaba metido en una maraña terrible; celos, dudas, contradicciones, sospechas, todo lo acosa ba al mismo tiempo.

—Qué diablos tienes?

—Nada, pero necesito saber mucho; tú ignoras que la policía

ha puesto entredicho á la casa, y que del sacristán abajo todos han desaparecido.

—Iré á indagar.

—No, no te lo permito; vas á cometer otro horror y me comprometes.

—Pues aguardaré tus órdenes.

—Vamos á otra cosa; ¡qué pasa con Isabel?

Santiago Gonzalez se restregó las manos.

Felipe, con su aire melodramático, respondió:

—No voy tan mal, la muchacha se ha apasionado de mí.

—En ese caso, de los dos, porque ella está en correspondencia conmigo.

—Eso no puede ser, yo soy su último amor.

—No importa el número, yo seré su penúltimo, me es igual.

—Espliquense, con mil diablos.

—Es muy sencillo, dijo Cuevas, yo la he depositado en la casa de Santiago, y éste, abusando de su situación topográfica, me trata de soplar la dama.

—Ya te la soplé, y tengo pruebas auténticas.

—Es falso!

—Es que yo no miento!

—Es que yo digo la verdad!

—Pues decidamos al box quien es el dueño de la prenda.

Y diciendo y haciendo, los dos estudiantes se despojaron de las capas, y Mondoñedo se subió sobre el banco del calabozo para presidir el duelo.

Arremetió Felipe Cuevas; pero Santiago era mas ágil, y sacando el cuerpo dió contra la pared su adversario.

—Bravo! gritó Mondoñedo.

Cuevas descargó un puñetazo sobre el estudiante, que lo dejó atarantado.

—Adelante! clamaba Mondoñedo; golpe á golpe.

Santiago tiró una patada á Felipe, que lo hizo encorvarse como arco de violín.

—Zas! gritó Mondoñedo, le has roto el hueso del *esternon*.

Cuevas logró afianzar el pie de su adversario y dió en tierra con Santiago Gonzalez.

Santiago Gonzalez tiró con tal fuerza un mechón de la cabellera de Felipe Cuevas, que lo dejó *tonsurado*.

Era tal la algazara, que el jefe del departamento acudió al calabozo.

—No hay que mezclarse, dijo Mondoñedo, deje usted que siga el duelo, esto es lógico.

—Aquí no hay lógica, señores; si continúan ustedes, los consigno al juez de turno.

—Eso es otra cosa, dijo Felipe con el ojo como una vega; yo estoy acostumbrado en los Estados Unidos á respetar á la policía.

—Lo mismo yo, dijo Santiago algo alarmado por la amenaza; cedo ante la autoridad, y perdón si no sigo hablando porque tengo una quijada hecha pedazos.

El alcaide llegó al calabozo.

—Señor de Mondoñedo, está usted en libertad; puede usted salir con sus amigos.

Fué tal la alegría de los estudiantes, que olvidaron lo que había pasado y se abrazaron como buenos amigos.

—Estamos de fortuna, observó Cuevas, la ropa no ha recibido lesión alguna; en cuanto al pellejo se remienda solo.

IV.

Varias personas de influencia se acercaron al ministro á solicitar la libertad de Mondoñedo; pidiéronse los documentos presentados por el alcalde, y resultó que uno de ellos era la lista de las beatas y la distribución de turnos para velar al Santísimo, y el otro papel el programa de los *Desagravios*, con la lista de los socios de la hermandad.

CAPÍTULO XVI.

Donde se demuestra que entre los preparativos de una boda y su celebración, hay concordancia gallega.

I.

Eloisa Mons era una de las perlas mas brillantes que ostentaba en su corona la distinguida sociedad de México.

Esquisita en su trato, refinada en sus modales, dotada de una profunda simpatía y de una inteligencia despejada, giraba en su torno lo mas granado de la juventud elegante.

Eloisa había visto pasar á los hombres como nubes fugitivas de primavera; no había sentido la emoción intensa del primer cariño, hasta que su mirada de águila se posó en la frente de un ser excepcional, dotado del prestigio de la fortuna y de la aureola del romanticismo.

Aquel hombre, célebre por sus aventuras en Europa, sus duelos en los Estados Unidos, sus prodigalidades en América, era el ser que debía arrojar el primer rayo de amor en el corazón virgen de aquella criatura.

Eloisa amaba hasta el delirio, y se creía correspondida.